REDACCION.
Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. } MÉXICO, ABRIL 15 DE 1875. { NUM. 82.

LA ESPERANZA.

La blanca azucena de los valles inclina su flexible tallo, agobiada por los rayos del sol del mediodía; casi toca al suelo su nívea corola, y sin embargo, no muere, hace esfuerzos supremos para levantarle y se deja balancear mansamente por el soplo mas leve del viento. ¿Qué fuerza misteriosa conserva su vida? Quién la sostiene? Es un secreto instinto que la dice: « espera, espera, vendrá por fin la noche y serás mecida por el fresco aliento de sus brisas; gotas diamantinas lucirán sobre tus hojas y vendrán á reflejar sobre ellas los blancos rayos de la luna ó el vago resplandor de alguna estrella. » Y sufre la flor y espera. ¡Ay de aquel que no la imite!

Triste del que no sabe lo que es la esperanza; sentirá desfallecer su corazon perdiendo poco á poco la sávia que le nutre, hasta convertirse en un cadáver moral; muerto á los dulces afectos que forman los únicos placeres verdaderos que embellecen la existencia, pasará por ella sin fijar la atencion en las bellezas naturales que le rodean, porque ni aun eso sabe comprender su inerte corazon; porque es la esperanza el ángel de consuelo que descendiera al mundo con la dulce mision de alentar á los débiles, consolar á los que sufren y recoger las lágrimas de los que lloran. Sin ese apoyo, caerian los hombres uno tras otro en el abismo insondable de la nada; sin su pristina luz que ilumina eternamente nuestra senda terrenal, doblariamos la frente marchita y fria, cuando el primer desengaño viniera á posar en ella su helada mano.

Mas el Sér providente que puso en nuestro pecho esa arpa armónica de fibras delicadas, que llamamos corazon; El que prestó á nuestro cerebro una chispa de su fuego; El que tiñó las flores de púrpura y de rosa y dió á los mundos su esplendor, y sus alas de zafiro prendió á la mariposa, formando al hombre para pensar y sentir, le dijo tambien: « *espera.* » Y el hombre vá siempre asido á la esperanza sin abandonar una hasta estar cierto de poder asirse á otra; es la tabla del naufragio que no dejan sus manos sino cuando del todo les falta la necesaria fuerza; en el momento en que la suelta, se hunde para siempre en el seno tenebroso del océano.

¡Bendita seas, dulcísima esperanza que con piadosa mano cierras en nuestro pecho las heridas que abrieran los pesares! Cúbranme siempre tus alas cariñosas, porque la vida sin tí seria un tormento. La felicidad, la gloria, y tantas otras bellas sombras tras que se lanza el hombre, nada serian sin tí, que al cubrirlas con tu velo de ilusiones, las prestas esos encantos que nos fascinan y que al querer tocar las manos temblorosas, se alejan siempre mas y mas, en tanto que tú murmuras sin cesar en el fondo de nuestra alma, un misterioso, un vago « Mas allá. » Y seguimos adelante. ¿Hasta dónde?

ANGELA LOZANO Y GOMEZ.

Marzo 22 de 1875.

TENTACION Y RESISTENCIA.

No siempre han de ser los niños ó las niñas los protagonistas de las historias, los héroes que pongan en accion las virtudes y que huyan de los vicios que con ella forman contraste en este libro. Tambien es justo pagar algun tributo á los padres y referir alguno de esos sublimes actos de abnegacion, alguna de esas ignoradas virtudes que á un padre ó una madre puede inspirar el cariño que á su hijo tienen, cariño cuya fuerza seria la única capaz de luchar con el deber en el fondo de su corazon, cuando no están en él abrigados los mas puros sentimientos, como se ve en el ejemplo siguiente.

MCD 2018

Una mujer jóven todavía, pero pálida, flaca, debilitada por los padecimientos, mandó parar á uno de los ómnibus que cruzan por Paris en todos sentidos. Subió con mucho trabajo al estribo y anduvo con lentitud el trecho que la separaba del sitio que debia ocupar. Su exterior anunciaba la miseria: estaba limpia, sin embargo, y cierto órden reinaba en su traje, pero algunos remiendos de tela diversa á la del vestido, del delantal y aun del pañuelo, indicaban la mas completa pobreza. ¡Pobre mujer! casi parecia intimidada por verse tan cómodamente, y le parecia magnífico aquel equipaje á cuatro cuartos..... ¡cuatro cuartos! ¡os reis, dichosos del siglo! para ella era un caudal, mucho tiempo habia estado calculando los medios de economizarlos, muchas veces habia echado á andar á pié; pero estaba tan débil que sus piernas no la podian sostener. En fin, aquel mismo dia habian venido á decirla que su hijo, que hacia dos semanas estaba en el hospital, seguia gravemente enfermo y pedido sin cesar ver á su madre. Nada entónces habia podido contenerla, y para ponerse al lado de su desgraciado hijo que habia mamado en su seno la vida y la muerte, habia vendido un pañuelillo, única pieza intacta que le habia quedado de toda su ropa.

«Pobre niño, decia para sí, voy á verte, á estrecharte en mis brazos, á experimentar todavía un poco de contento, reclinándote sobre mi corazon; ¿tú piensas en tu madre? ¿tú la llamas? ¿tal vez la acusas por haberte separado de su lado? ¡Ah! esto era preciso por tu mismo bien: ya no habia trabajo ni fuerzas, ya no habia pan ni casa con que cuidarte, querido niño. Nunca te hubieras separado de mi lado y yo seria bastante feliz si tu padre estuviese todavía con nosotros; pero..... nos espera allá arriba; y al decir esto, las lágrimas bajaban por sus mejillas enflaquecidas.

«Siéntese vd. en lo último á la izquierda, suba vd., señora, allí hay sitio» decia el cochero, y á esta invitacion todos hicieron un movimiento para estrecharse un poco mas ó figurar que lo hacian.

La pobre mujer se sentó de lado en el puesto que le tocaba; y á poco quedó allí un sitio disponible, que subió á ocupar una señora gorda, con aire franco y rostro risueño, con una confianza ó por mejor decir una indiferencia, que se avenia mal con las ocupaciones mercantiles á que parecia dedicada. Tiró á su lado sobre la banqueta un pañuelo atado con negligencia por las cuatro puntas y que contendria como unos cuatro ó cinco mil reales. El ruido de aquel dinero hizo estremecer á la pobre mujer: desapareció la palidez de su rostro para dar lugar al encarnado mas subido, porque se le ocurrió que su traje inspiraba poca confianza; desde entónces estaba como cortada, y varias veces hizo pruebas evidentes para manifestar que nada tenia en las manos. Nadie prestaba atencion á esta escena muda. La pobre mujer notó bien pronto que solo para ella era un suceso la presencia de aquel dinero, y esto la hizo reflexionar tristemente. El cuadro de su miseria, de sus padecimientos, se le presentaba con todo su horror, y por la primera vez de su vida sintió movimientos de despecho contra la diferencia de las clases y el rigor de la suerte. En fin, el sentimiento de sus penas, la proximidad de lo que podia mitigarlas, la enajenaron de tal modo, que con una especie de delirio decia para sí:

—¡Un tesoro, un tesoro tan cerca de mí! ¡con qué indeferencia le posee esta mujer!..... sin duda sus hijos nada necesitan..... sin duda no tienen hambre!..... este dinero me tropieza sin cesar, no parece sino que insulta mi miseria ó me invita..... seria tan fácil..... esta mujer está hablando distraida, nadie puede verme, ¡gran Dios!..... qué horible pensamiento!..... apartémonos, y al decir esto, se tiró hácia el otro lado sacudiendo la cabeza como para disipar las ideas que la perseguian, y sus ojos buscaron alguna distraccion.

La señora, á quien el pañuelo estorbaba sin duda, le apartó mas de sí, y con este movimiento, le acercó á su vecina. Esta se estremeció de nuevo.

—¡Aquí, casi en mis manos, está toda una fortuna! decia entre sí, y esta mañana me ha costado tanto trabajo tener una peseta! Un vaiven del carruaje, ya mas desocupado, hizo perder el equilibrio á la pobre mujer, que queriendo sostenerse, plantó la mano sobre el fatal pañuelo. La tuvo un ratito sin menearla, y sus ojos amortiguados cobraron un brillo extraordinario, hasta que retirándola con precipitacion, la agarró con la otra como si quisiese sujetarla, y se puso á pensar en su niño.

—¡Pobrecito hijo mio! voy á volverte á ver; pero nada te llevo: nada te probará el recuerdo de tu madre. ¡Y cuántos dias se pasarán sin que pueda volver á tu lado, porque ya no me queda nada que vender!

Aquí el ómnibus llegaba al sitio de parada; la señora cogió su dinero, y luego le volvió á soltar, para atarse una galga del zapato. La desgraciada madre miró el tesoro que iba á escapársele, puesto que el pañuelo, por una de sus aberturas, dejaba ver lo que contenia.

—¡Cuántas monedas de plata! decia la pobre mujer deslumbrada; una ó dos que se quitasen, no se echarian de ver, y yo llevaria alguna cosa á mi hijo y tendria pan para muchos dias!

La señora, habiendo compuesto su calzado, quiso bajar precipitadamente para dejar el paso libre, y agarrando de pronto el pañuelo, soltó una de las puntas, y parte del dinero fué rodando por dentro del coche.

Cada uno se apresuró á recoger las monedas caidas; la pobre mujer permaneció sola é inmóvil. Sus manos, siempre cruzadas, se apretaban mas, y un sudor frio bañaba su frente. Todo el mundo habia bajado ya, sin que ella se moviese de su sitio. A las voces reiteradas del cochero, bajó lentamente, y se dirigió al próximo hospital, donde le estaba esperando el único bien que tenia en este mundo.

EGOISMO Y CARIDAD.

Miéntras que la pobre mujer creia que nadie la habia visto, una persona oculta en un rincon del ómnibus, no la habia perdido de vista, y adivinaba parte de lo que pasaba en su alma. Movida de piedad, siguió en silencio á la desgraciada madre y concluyó por saber dónde vivia. Esta persona poco favorecida de la fortuna para poder por sí misma socorrer á los indigentes, se presentó en casa de una de sus amigas, la baronesa de L***, jóven rica y amiga de hacer bien. La contó lo que habia observado, y produjo tal impresion en la baronesa, que resolvió ir en persona á visitar á la pobre viuda. Ya habia pedido el coche, cuando la entregaron un billete convidándola al campo para una carrera de caballos.

—En efecto, dijo, qué atolondrada soy; ya me olvidaba de que Mr. de Montagne cuenta conmigo y no puedo disculparme..... ¡Dios mio! qué tarde es ya; es preciso partir. Querida amiga, tu pobre mujer me interesa de un modo que no puedo expresártelo: yo no quiero ceder á nadie el placer de recompensarla por su esfuerzo generoso sobre sí misma, quiero absolutamente verla.

—Pues bien, á la vuelta del campo, yo me esperaré y.....

—Imposible, estoy convidada á comer en casa del conde de G***, por la noche leerán un drama nuevo, pero mañana si tú quieres.....

—Pues bien; mañana estoy aquí al medio dia.

—Perfectamente. ¡Cuánto te agradezco que hayas pensado en mí! Hasta mañana, ¡qué satisfaccion te voy á deber por proporcionarme esta buena obra!

Al dia siguiente, la amiga estuvo fiel á la cita, pero la baronesa no se habia levantado todavía por haber pasado muy mala noche; los horrores del drama nuevo cuya lectura habia oido la víspera, presentándose á su espíritu, la habian perseguido hasta en sueños: en fin, habia tenido una horrible pesadilla, de la que no habia podido libertarse, ni dormida ni despierta. Acordándose de la pobre madre, tuvo al fin ánimo para salir de la cama.

Durante el tocador, que siempre es largo y pesado entre gente rica, porque es el reinado de las doncellas, que saben prolongarle con mil nadas indispensables, la amiga se ausentó para hacer una visita allí cerca. A su vuelta, encontró á la baronesa entre otras tres jóvenes que hablaban vivamente. Una de ellas decia algo enfadada:

—Debes participar tambien de nuestros desvelos, y presidir á los preparativos de la fiesta. Es indispensable, es un deber. ¿No eres tú tambien dama de la compañía?

—Es verdad; yo no rehuso unirme á vosotras, pero una ocupacion indispensable.....

—La dejarás para mañana, el interes de los pobres te reclama ahora mismo.

—Estoy comprometida.

—No hay compromisos mayores que los que se contraen en favor de los desgraciados.

—Cabalmente, iba á visitar á una pobre mujer que.....

—¿Una pobre mujer? eso está muy bien; pero aquí se tratata del interes de todos los pobres, y en conciencia, querida baronesa, no puedes titubear un instante.

—Esta señora, amiga mia, me esperaba para salir.

—Esta señora comprenderá muy bien, que no has de vivir sola para tí, de dia y de noche, y que algo es preciso conceder á los demás. ¡Un baile á beneficio de los indigentes! seria inaudito no aplicar todos nuestros desvelos y pensamientos. Tocante á mí, hace ya ocho dias que no duermo.

—Vamos, vamos, dijo otra señora; salgamos al instante.

—Siento infinito este contratiempo, dijo en voz baja la baronesa á su amiga, pero no tengas cuidado, que tu protegida no perderá nada, al contrario, aumentaré la suma que la tengo destinada. Tú lo ves, no puedo ménos de seguir á estas damas, es para una obra buena. ¡Oh! mañana toda soy tuya. No faltes á la hora, que yo estaré pronta.

Al dia siguiente, á medio dia, la amiga estaba á la puerta de la baronesa. Aun estaba durmiendo, porque la señora no habia vuelto hasta las cinco de la mañana, y las gentes de la casa, que habian sabido aprovecharse de aquella ausencia, estaban descansando tambien. Fué preciso, para evitar su mal humor, retirarse y no volver hasta las tres. A esta hora, la amiga, firme en su propósito de hacer bien, se presentó de nuevo delante de la baronesa, pero ésta se hallaba en tal fatiga, que era una crueldad hacerla levantar. Sin embargo, tenia unos vivos deseos de visitar á la protegida de su amiga. Suspiraba profundamente cuando se acordaba del suceso del ómnibus, y apoyada la cabeza en sus almohadas, formaba mil proyectos caritativos, regocijándose de antemano, por la buena accion que iba á ejecutar. Su amiga la entretenia en aquellas buenas disposiciones, pero no se atrevia á recordarla que el tiempo se pasaba, porque su palidez anunciaba un sumo desfallecimiento. En fin, el cochero envió á decir, que uno de los caballos no podria salir en todo el dia, y se decidió irrevocablemente dejar *todavía para mañana*, la visita á la pobre mujer.

En efecto, al dia siguiente, las dos señoras, muy contentas por la felicidad que iban á causar, subian ligeramente por una sucia y oscura escalera del arrabal de San Dionisio, y entraron en una miserable boardilla.

¡Qué horrible espectáculo se presentó entónces á su vista! Una mujer estaba tendida sobre un lecho de paja.

Se acercaron provistas de todo lo que podia aliviar sus penas y su miseria.

¡Ya era tarde!

La pobre mujer acababa de espirar de necesidad.

A estas dolorosas escenas se expone, quien por un culpable egoismo atiende á sus goces particulares ántes que á remediar á los que con urgencia necesitan el socorro. La caridad debe ser solícita, y su mérito es todavía mas realzado con la presteza en ejercerla y en evitar los obstáculos que puedan impedir su pronto y seguro efecto. Por eso se dice vulgarmente que *el que dá pronto dá dos veces.*

MCD 2018

El árbol viejo y el jardinero.

(FABULA.)

Tenia en su jardin el buen Ambrosio
Un gran peral, que en fuerza de sus años
A ser estéril vino:
Tratando, pues, un dia de cortarlo,
Alzó el hacha terrible
Y descargó sobre él un fuerte hachazo.
Sentido con el golpe
El infeliz peral:—¿Qué haces, ingrato?
Le dice. Cuando jóven,
¿No te colmé de frutos sazonados?
Pues ¿por qué en recompensa
No me respetas hoy que soy anciano,
Y aguardas á que llegue
Mi triste fin, que ves tan inmediato?
—Harto el cortarte siento,
Le respondió con aire sosegado
El jardinero; pero me hace falta
Tu leña, y no hay remedio.—Perdonadlo,
Gritan mil ruiseñores
Que á la sazon estaban en el árbol,
Pues él es nuestro asilo;
Y si vuestra consorte viene acaso
A sentarse á su sombra,
Con nuestras melodías la alegramos.
Pero el buen jardinero
Los espantó enfadado,
Y en el peral descarga nuevo golpe.
Sale entónces asaz desaforado
Un enjambre de abejas,
Diciéndole:—Detente ya, inhumano,
Y escucha nuestra oferta y nuestro ruego.
«Si nos dejas tranquilas y en descanso
En este antiguo asilo,
Te daremos panales delicados
Con que tú te enriquezcas.»
—No mas, responde el jardinero avaro,
Que ya de vuestro ruego enternecido
Perdono á ese cuitado,
Pues tan bien me sirvió cuando era mozo:
Baste que algunos ratos
Haga sombra á mi esposa,
Y que la alegren con su dulce canto
Aquesos ruiseñores.
Y vosotras, amigas, sosegaos,
Y en este viejo tronco
Vivid desde este dia con descanso,
Que yo me voy corriendo
A sembrar el espacio
De delicadas flores,
Con que podais sin pena regalaros.
Esto dijo y marchóse;
Y en su sola promesa asegurados,
Dejó en paz por entónces
Al enjambre, á los pájaros y al árbol.

Si el interes incita
¡Oh, qué de agradecidos encontramos!

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

MARGARITA DE ORTEZ.

Margarita de Ortez, hija del gobernador de Bayona por S. M. Cárlos IX, era una niña: una señorita llena de perfecciones y de gracias. Sus padres la idolatraban y no tenian mas gusto que mirar á su Margarita, inocente criatura que crecia como una flor al sol de Mediodía, sin ser molestada por el aire maléfico que se respiraba en la corte del Louvre.

El único defecto de que se pudiera acusar á Margarita, era mas bien una de las gracias de su candor; era cierta costumbre de pensar en alta voz y decirse á sí misma sus reflexiones. Esta inocente costumbre fué causa de una desgracia mayor que la que hubiera podido combinar la mas criminal astucia.

Un dia que estaba junto á su padre, éste recibió una carta con dos sellos, uno del rey y otro de la reina madre. Al leer esta carta que era muy larga, Margarita notó que su padre se quedaba pálido y se interrumpia como si no tuviese fuerza para continuar. Su preocupacion era tal, que no respondió á las preguntas de sumo interes que le hacia su hija. Cuando hubo concluido salió para informarse del correo que habia traido la carta, y en su turbacion se la dejó sobre la mesa.

Margarita, al quedarse sola, se estremeció al mirar aquella carta que iba á caerse con el peso de los sellos. Se adelantó para evitar su caida, mas al tiempo de cogerla, sintió un irresistible deseo de saber su contenido. Este pensamiento era malo sin duda alguna y no tenia disculpa, mas entónces no era sugerido por una curiosidad femenil, sino por un sentimiento de inquietud y de amor, y tal vez de ira contra aquel fatal secreto que causaba á su padre tanto dolor sin que su hija pudiese participar de él y consolarle.

Así, pidiendo á Dios perdon de la falta que cometia, Margarita se puso á leer alguna cosa, bien terrible á la verdad, porque el espanto se retrataba en su semblante y sus ojos desencajados. La pobre niña, que no sabia fingir, desesperando de ocultar su agitacion, huyó de aquel aposento, bajó corriendo á la entrada del parque que rodeaba el castillo, y allí se dejó caer sobre el césped.

Antes de proseguir, es preciso decir algunas palabras sobre el estado de las provincias en aquella época.

Era á principios de Setiembre de 1572. La noticia del terrible degüello de los hugonotes, verificado en Paris pocos dias ántes, empezaba á esparcirse por toda la Francia llevando consigo el espanto. Sin embargo, la tranquilidad no se turbó en parte ninguna, porque reinaba la inercia que precede siempre á las grandes catástrofes, como la calma absoluta de la naturaleza que es inevitable precursora de la tempestad. De un momento á otro se esperaba llegase la órden del degüello á cada poblacion, y nadie pensaba en sustraerse al golpe fatal que le amenazaba. Los de la religion reformada eran casi todos hombres que habian sacado la espada y derramado su sangre en defensa de su creencia, pero en aquella ocasion esperaban la muerte con la espada envainada y se preparaban al martirio. Su número era tan grande en toda la Francia y principalmente en el Mediodía, que habia pocas familias donde la religion reformada no tuviese algun prosélito. El mismo hermano del visconde de Ortez era calvinista, pero la diferencia de religion no impedia que los dos hermanos se amasen y viviesen juntos en Bayona.

Ahora bien, lo que Margarita habia leido, era una órden del rey para degollar á todos los protestantes de Bayona, sin excepcion alguna, y hé aquí de dónde provenia la angustia de Margarita. Su padre, obedeciendo tal órden, ¿tendria valor para entregar su propio hermano al verdugo? ¿No debia ella, puesto que lo sabia, avisar á su tio y evitar un crímen? Porque efectivamente lo era, aunque el rey lo mandase. ¿No seria agravar la falta que habia cometido? Y salvar á su tio ¿no seria comprometer la vida de su padre?

Margarita conocia que su razon se ofuscaba con estas imágenes de sangre y desolacion: luchaba interiormente, elevaba al cielo su voz interrumpida por los gemidos é imploraba el auxilio de Dios. Entónces sintió ruido en las matas que habia á su espalda, como si alguna persona estuviese allí, y volviendo la cabeza, notó que las hojas aun se estaban moviendo.

En fin, Margarita tomó una séria resolucion y subió donde estaba su padre. Estaba acabando de dictar una carta á su secretario y la despidió; mas al ver su consternacion, la hizo una pregunta señalándole la carta fatal. Margarita se arrojó en sus brazos y se lo declaró todo, pronunciando el nombre de su tio. «Entonces es preciso que leas tambien la respuesta,» dijo el vizconde muy satisfecho, entregándole la carta escrita por el secretario.

Margarita leyó: «Señor, he comunicado las órdenes de vuestra majestad á los fieles habitantes y gentes de la guarnicion. No he encontrado mas que buenos ciudadanos y valientes soldados, mas no verdugos; por esta razon, ellos y yo suplicamos humildemente á vuestra majestad que emplee nuestros brazos y nuestras vidas en cosas posibles, por arriesgadas que sean, que en ello perderemos hasta la última gota de nuestra sangre.»

El vizconde de Ortez firmó y Margarita exclamó:—«Ya está salvo mi tio;» al tiempo que entraban otro billete que contenia estas solas palabras.

«Hermano: por una casualidad que todos debemos bendecir, he sabido las órdenes que has recibido. He oido los lamentos de Margarita y me han instruido lo suficiente para que mi sangre no caiga sobre tu cabeza: me ausento, y cuando leas esta carta, ya estaré cerca de Dax. Adios, hermano, solo siento no abrazaros á todos ántes de mi partida.»

—¡Desgraciada! tú le das la muerte, exclamó el vizconde: ya ha empezado el degüello por todas partes..... puede que aun sea tiempo. Al decir esto salió del aposento gritando con voz de trueno:

—A caballo, á caballo todos los mios; salid al camino de Dax, traedme á mi hermano.

Mas no pudieron alcanzarle, y cuando los criados del vizconde llegaron á Dax, solo hallaron el cadáver del hermano de su amo.

ENRIQUE IV.

Enrique IV, monarca con cuyo recuerdo tanto se envanecen los franceses, no pasó los primeros años de su vida disfrutando las comodidades de un régio palacio, sino corriendo por las montañas del Bearne con los piés descalzos y la cabeza descubierta. Así lo habia dispuesto su padre Enrique de Albret, que tenia ideas especiales en materia de educacion, y que deseaba que su hijo adquiriese en la soledad y en la contemplacion de la naturaleza, aquella rectitud de juicio y aquella franqueza de modales que son desconocidas en las córtes de los príncipes.

Enrique fué educado como un simple caballero y con arreglo á las sencillas costumbres de las soledades del Bigorre, donde estaba situado el castillo de Coroaze, mansion del jóven príncipe. A la edad de ocho años fué llevado á la córte, donde la agudeza y la naturalidad de sus respuestas causaron la admiracion de todos y muy particularmente de Enrique II. Como no sabia mas que el idioma del Bearne, tuvo que asistir dos años al colegio de Navarra para adquirir los elementos de las lenguas francesa y latina, sin que las fórmulas escolásticas le hiciesen perder aquella originalidad y aquella lógica natural que habia traido de las montañas. Apénas murió su padre, ya tuvo que tomar una parte muy activa en los sucesos de la época, este niño, que por su nacimiento, sus circunstancias personales y el influjo de Juana de Albret, habia de ser el jefe del partido protestante, despues de la muerte del príncipe de Condé y hasta su conversion al catolicismo, seguida de la paz de la Francia. En fin, Enrique IV ántes de los diez y seis años, ya asistió á la batalla de Moncontour, y es sabido que ya se permitió de antemano criticar las disposiciones que tomaron los jefes mas experimentados de su partido; pero que de todos modos ocasionaron la pérdida de la batalla.

El pez Volador.

(FABULA.)

Mal contento con su suerte
Un pez volador decia:
—Madre, ¿cómo de la muerte
Precaverme yo podria?
Temo al águila rapante
Cuando en los aires me elevo
Y al tiburon devorante
Nunca acercarme me atrevo.
Su anciana madre le dijo
Para calmar su afliccion:
—¡Quién en este mundo, hijo,
No es águila ó tiburon!
Solo este medio tomando
Podrás el riesgo evitar:
«Cerca del aire nadando,
O volando junto al mar.»

MCD 2018

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION QUINTA.

De las dos diferentes formas de visitas.

[Concluye.]

XIV

Las visitas de duelo se hacen en persona, y las de pésame se hacen y se pagan en la misma forma.

XV

Las visitas de despedida se hacen indiferentemente en persona ó por tarjeta, pero á las personas con quienes se tiene íntima amistad se hacen en la primera forma, si á ello no se opone un inconveniente insuperable. Estas visitas se pagan en persona ó por tarjeta; mas cuando no se tiene una íntima amistad con aquel que se ha despedido, y se le quiere visitar en persona, es muy propio y delicado limitarse á dejarle tarjeta sin anunciarse, á fin de no poner embarazo á las multiplicadas ocupaciones de que debe suponérsele rodeado.

XVI

Las visitas de agradecimiento se harán en persona; mas cuando no medie ninguna amistad, ni haya llegado el caso á que se contrae el párrafo XIV de la seccion 2ª, del artículo 2º, se harán por tarjeta, ó bien en persona limitándose el visitante á dejar su tarjeta sin anunciarse. En los casos en que tales visitas hayan de pagarse, esto se hará precisamente en persona.

XVII

Las visitas de amistad, como se deduce de su propia naturaleza, se hacen y se pagan siempre en persona.

XVIII

No es lícito á las señoras visitar en persona á los caballeros que no tienen familia, por íntima que sea la amistad que con ellos tengan, y aun cuando puedan ir acompañadas de personas de su sexo, sino únicamente para tratar sobre negocios urgentes, ó en casos extremos, como un peligro de la vida, etc. Sin embargo, un anciano veletudinario, ó un sacerdote venerable por su carácter y por sus años, puede ser visitado por señoras de su amistad, con tal que éstas vayan siempre acompañadas y que sus visitas no sean frecuentes.

XIX

Las personas que se encuentran físicamente impedidas de salir de su casa hacen todas sus visitas por tarjeta, siéndoles imputadas como visitas en persona todas aquellas que debieran hacerse en esta forma.

XX

La persona que recibe una tarjeta de ofrecimiento desde un lugar distinto de aquel en que se encuentra, la corresponde con una tarjeta ó con una carta, y este acto le es imputado como una visita.

XXI

Tambien se considera como una visita el acto de dirigir una tarjeta ó una carta á la persona que reside en otro país ó en otro pueblo, y se encuentra en circunstancias en que debe ser visitada por sus amigos. En tales casos se corresponderá á aquella demostracion en la misma forma en que se haya recibido.

XXII

Con las únicas excepciones que aquí se establecen, toda visita en persona en que no lleguemos á ser recibidos, será válida, con tal que dejemos nuestra tarjeta. En estos casos cuidaremos de doblar á la tarjeta una de sus esquinas, por ser este el signo convencional que representa en una tarjeta que la visita ha sido hecha en persona (*).

XXIII

Respecto de las personas con quienes se tiene una íntima confianza, se considera como un acto poco amistoso el dejarles tarjeta cuando no se les encuentra en su casa. Esto solo está admitido cuando, por algun motivo especial, conviene que un amigo no quede en la ignorancia de que le hemos solicitado, y no tenemos otro medio pronto y seguro de hacérselo saber.

XXIV

La tarjeta de una madre de familia, cuando se emplea en una visita en persona, incluye implícitamente el nombre de cada una de sus hijas, y el de cualesquiera otras señoritas de su familia que vivan con ella bajo su dependencia.

XXV

Siempre que usemos de tarjeta para visitar á una persona emancipada que viva con otras personas, pondremos en ella manuscrito su nombre, á fin de evitar equivocaciones.

XXVI

Las tarjetas, en cuanto á su forma y su contenido, están sujetas á los caprichos y variaciones de la moda; pero nunca dejaremos de incluir en ellas nuestra direccion, en los casos en que debamos ó podamos suponer que sea ignorada de las personas á quienes las dirigimos.

(*) Suele usarse el indicar en la misma tarjeta la especie de visita que se hace, y aun estampar en sus cuatro esquinas los nombres de otras tantas especies de visitas, con el fin de doblar la esquina donde se encuentra el nombre de aquella para la cual se emplea.

El rey y los pastores.

(FABULA.)

Recorria un monarca cierta tarde,
Muy triste y macilento,
Sus bosques dilatados
Y así á su confidente iba diciendo:
¿Podrá haber en la tierra,
Si bien lo considero,
Situacion mas penosa que la mia?
Amo la paz, y en precision me veo
De sostener la guerra:
A mis vasallos quiero,
Y con duros tributos les agobio:
Yo busco la verdad, y no la encuentro:
En males y miserias sumergidos
Miro mis tristes pueblos,
Sin que aliviarlos pueda;
En fin, pido consejo,
Y ni consejo, ni remedios hallo.
Aquí llegaba, cuando ve, no léjos,
Un crecido rebaño
De esquilmados y estíticos carneros,
De corderos sin madres,
De ovejas sin corderos,
Estenuados, tristes y abatidos.
Su conductor Gilote iba corriendo,
Ya á alcanzar una oveja
Que á la selva partia como el viento,
Ya al corderillo que detrás se queda:
De modo que en el crítico momento
Que él iba por un lado,
Un lobo carnicero
Cárga con una res, Gilote acude,
Y otra entre tanto viene sin remedio
A ser despojo de una hambrienta loba.
Párase el pobre casi sin aliento,
Y afligido y confuso
Maldice su fortuna. El rey, atento
A la fatal escena:
—Hé ahí mi imágen, dice: tantos riesgos
Como al pastor me cercan y me afligen,
Sin encontrar consuelo.
Vuelve entónces los ojos,
Y ve en el otro extremo
Del mismo bosque un hato mas crecido
De ovejas y carneros,
Que tranquilos pacian
Sin el menor recelo,
Miéntras que su pastor, allí tendido,
Cantaba dulces versos
A una tierna zagala
Al compás de su rústico instrumento.
El monarca, admirado,
Dijo al verle: ¡qué presto
Ese hermoso ganado
Presa triste será del lobo fiero
Si así el pastor le deja y se descuida!
Asoma con efecto
Un lobo de repente,
Pero véle un mastin, y con denuedo
Le estrecha y despedaza:
Entre tanto, aterrados los corderos
Huyen á la llanura,
Pero va otro mastin en el momento
Y al ganado los vuelve,
Quedando todos en igual sosiego
Que disfrutaban ántes,
Sin que el pastor dejara su recreo.
Llégase el rey entónces, y le dice:
—¿Cómo, cuando tan lleno
Está este sitio de voraces lobos,
Tú vives tan sereno,
Y tus ganados pacen tan tranquilos?
—Señor, responde, claro está el misterio
Toda la cosa pende
De saber elegir los buenos perros.

El papagayo.

[FABULA.]

Escapó de su jaula un papagayo,
Y en un gran bosque estableció su nido,
Donde, de nuestros críticos tomando
La gravedad, el tono y el estilo,
Del ruiseñor el canto censuraba,
Faltas poniendo á su cadencia y trinos:
Poco ménos decia del canario,
Del colorin jilguero y el pardillo:
Y alabaria acaso el *crás* del cuervo
Si él de su *crás* maestro hubiera sido.
Ningun pájaro, en fin, le complacia;
De modo, que no bien daba principio
Alguno á gorjear, mi papagayo
Callar le hacia á fuerza de silbidos.
Cansados ya los pájaros del bosque
De sufrirle, se fueron á su asilo;
Y uno de ellos le dice: pues ninguno
De nosotros os place, señor mio,
Hcednos gracia de cantar un poco,
Pues segun censurais, está ya visto
Que nos llevais muchísima ventaja.
El papagayo, un poco sorprendido,
Rascándose con gracia la cabeza,
Miró al arengador, y así les dijo
Con aire magistral y tono grave:
—Yo no canto, señores, solo silbo.

¡Oh! ¡cuántos papagayos semejantes
Conozco yo! pero callar elijo.

Los tres tropezones.

[FABULA.]

Tropezó en una piedra
Don Timoteo,
Y luego Blas su hijo,
Y Anton su nieto.

Raro es que el hombre
Los tropiezos evite
De sus mayores.

MCD 2018